

## ACTIVITAT TEORIES ÈTIQUES

Aquesta activitat substitueix la teoria del bloc 5, diapositiva penúltima (Teories ètiques I), i en part també la darrera (Teories ètiques II).

Activitat:

En els següents 5 fulls de resum d'algunes teories ètiques, apareixen 5 espais buits amb una indicació "IMATGE + TEXT". Heu de llegir el text de les explicacions, i imaginar-vos que sou uns editors que heu de buscar una imatge que il·lustri una idea o idees del text. De fet, en els espais en buit hi havien imatges que feien aquesta funció, i que han estat eliminades.

A més, com passa en molts llibres de text, l'editor que sou vosaltres heu d'acompanyar la vostra imatge d'un text de mínim 50 paraules on es relacioni la imatge triada amb els continguts de la teoria que vol representar.

Podeu fer l'exercici editant el Word que us presento i deixant-ho com si estigués preparat per a ser publicat, és a dir, col·locant les imatges i els textos en els espais que els correspon. Si això us resulta complicat, podeu aportar les imatges enganxant-les en un Word a part, i deixant clar el text que figuraria al seu costat o a sota. Per a que no es desconfiguri quan jo obri aquests documents, els haureu d'entregar en format PDF.

# TEORÍAS ÉTICAS

Cuando queremos justificar nuestras decisiones desde un criterio moral encontramos que, por una parte, los contenidos desde los que podríamos justificar nuestras elecciones, los deberes, valores y formas de vida, cambian con las épocas, las culturas y los grupos, de modo que parece imposible hallar criterios comunes; pero, por otra parte, utilizamos expresiones morales como «esto es injusto» que parecen implicar a toda la humanidad.

Puedo entender que en la Edad Antigua la esclavitud no fuera inmoral porque se tenía otra idea del ser humano y, sin embargo, seguir pensando que aquello era un atraso y que la esclavitud es injusta y no debería existir. Además, me atrevería a defenderlo con argumentos, por ejemplo, que toda persona es libre y tiene una igual dignidad. Con ello demuestro creer que en ciertas cuestiones morales hay razones que valen, no sólo «para mí» (subjektivamente), sino también para cualquier persona (intersubjetivamente).

Ante esta situación nos preguntamos: ¿es la moral algo «muy subjetivo», como se dice a menudo, o ciertos criterios morales valen para todos? A lo largo de la historia han ido perfilándose dos respuestas, cada una de las cuales se pronuncia por uno de los miembros de la disyuntiva. En este apartado veremos las que **niegan la posibilidad de encontrar criterios universales**.

## 1. El relativismo moral

La conclusión más fácil de extraer al constatar que los contenidos morales cambian según las épocas, las culturas y los grupos, es el relativismo moral, que consiste en afirmar que para decidir qué es justo o qué es bueno hemos de situarnos dentro de un grupo determinado y ser conscientes de que los resultados a que lleguemos valen para él, pero no para los restantes. Como cada grupo tiene sus costumbres y tradiciones, las opciones morales que toman son incomparables con las de otros —son «incomensurables»—, de modo que lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, son siempre **relativos** a algún grupo humano, dependen de sus formas de vida, y resulta imposible a los distintos grupos ponerse de acuerdo, alcanzar intersubjetividad.

El relativismo nació en Grecia con los sofistas (siglo V a.C.), especialmente con Protágoras, cuando estos pensadores comprobaron en los discursos públicos la diversidad de puntos de vista y el hecho de que cada uno de ellos pudiera defenderse con argu-

mentos aparentemente convincentes, sin poder encontrar un criterio para dirimir las disputas.

Hoy el relativismo sigue presente en las siguientes posiciones:

- El **relativismo cultural**, según el cual los criterios morales dependen de las distintas culturas.
- El **contextualismo**, según el cual únicamente podemos saber si una propuesta moral es correcta o incorrecta si la consideramos dentro de cada contexto de acción.
- El **etnocentrismo**, que postula la imposibilidad de justificar la bondad de una opción teniendo por interlocutor a cualquier ser humano. Para el etnocentrista, sólo podemos justificar una decisión ante aquellos que comparten ya nuestra forma de vida, porque sólo ellos pueden entendernos.

IMATGE + TEXT

1



## 2. El escepticismo

El relativismo ha conducido frecuentemente al escepticismo, que iniciaron Pirron y su escuela en el siglo III a.C. Afirma el escepticismo que, puesto que no podemos encontrar ningún criterio para preferir unas opciones u otras, ninguna es mejor, y es imposible distinguir entre lo justo y lo injusto, entre lo bueno y lo malo. Aunque nos veamos obligados a tomar decisiones, nunca encontraremos para ellas una justificación racional.

# IMATGE + TEXT

## 2

## 3. El subjetivismo

Para el subjetivismo, las cuestiones morales, a diferencia de las científicas, son subjetivas, porque mientras en el terreno científico es posible ponerse de acuerdo mediante ciertos experimentos, en el caso de los juicios morales no se puede hacer experimentos y, por tanto, es imposible llegar a ponerse de acuerdo con razones. La razón última del subjetivismo moral la ven autores como Max Weber en el hecho de que a lo largo de la modernidad se haya producido un proceso de racionalización, en el que ha triunfado la llamada **racionalidad instrumental**, que nos capacita para adaptar los medios adecuados a los fines que nos proponemos. Sin embargo, la racionalidad evaluativa, o de los valores, ha retrocedido hasta tal punto que en ese ámbito no tenemos razones para convencer de nuestras posturas: aceptamos una escala de va-

lores por una especie de fe, pero no podemos convencer racionalmente a otros de que la compartan. ¿Qué sentido tiene entonces que entablemos argumentaciones morales? La respuesta más natural a esta pregunta desde esta perspectiva es la que da el emotivismo, del que diremos algo brevemente para situar el emotivismo contemporáneo.

## ∴ El emotivismo

Según los **emotivistas**, las afirmaciones morales solamente pretenden expresar emociones y sentimientos, y no aumentar nuestro conocimiento, porque de ellas no puede decirse que sean ni verdaderas ni falsas. Verdaderos o falsos son los enunciados lógicos y matemáticos, y también los enunciados de hecho que podemos comprobar empíricamente, pero no los morales. Yo puedo describir un crimen y sus detalles son comprobables: quién fue el asesino, cuál fue el arma homicida, a qué hora ocurrió. Pero si añado «matar es malo» no estoy aportando nada comprobable, sino diciendo que estoy en contra de que se mate.

El emotivismo nació en el siglo XVIII, especialmente en la obra de D. Hume, quien afirmaba que **la maldad o bondad de un acto se percibe por el sentimiento que experimentamos ante él**, no porque la razón nos lo muestre. En el siglo XX aparece de nuevo el emotivismo como una de las corrientes del llamado **análisis del lenguaje moral**.

Según el emotivismo contemporáneo, representado por autores como A. J. Ayer y Ch. L. Stevenson, los «enunciados» morales son pseudoenunciados, porque los predicados morales («bueno», «correcto») no añaden nada comparable, sino que expresan aprobación o desaprobación. Por eso tienen una doble función: **expresar** sentimientos o emociones subjetivas e **influir** en los interlocutores para que tengan la misma actitud.

### Intuicionismo y emotivismo

En 1903, G. E. Moore inicia la corriente del **análisis del lenguaje moral** en su obra *Principia Ethica*, donde se propone aclarar el significado del término «bueno».

Según Moore, «bueno» es una noción indefinible, como «amarillo», porque es simple y no puede descomponerse en otras más simples, por eso sabemos lo que es bueno por intuición, no por demostración. La posición de Moore se ha denominado **intuicionismo**.

El intuicionismo tenía parte de verdad, pero presentaba al menos dos dificultades: no explicaba por qué argumentamos moralmente si en definitiva captamos lo bueno por intuición, ni tampoco por qué decir que algo es bueno es incitar a obrar. A estas dificultades intentó responder el **emotivismo**.

Los juicios morales no pretenden, pues, describir situaciones, sino **provocar actitudes**. Si, por ejemplo, tengo una actitud de rechazo ante la pena de muerte, y afirmo «la pena de muerte es moralmente insostenible», no hago sino expresar mi sentimiento de rechazo, e intentar influir en otros para que la rechacen igualmente: intento inducir en ellos una actitud de reprobación.

El emotivismo está desacreditado desde el punto de vista filosófico, como veremos en el siguiente apartado, pero funciona socialmente porque el lenguaje moral se utiliza a menudo para incitar a otros a obrar, aunque quien lo usa no se crea en absoluto lo que dice.

## 5. Principales puntos débiles de estas posiciones

Las posiciones que hemos comentado en este apartado (relativismo, escepticismo, subjetivismo y emotivismo) están muy extendidas y, sin embargo, presentan al menos dos puntos débiles:

**Son incapaces de explicar el significado de algunos términos morales.** Cuando nosotros afirmamos «x es justo», el predicado «justo» no expresa simplemente una opinión subjetiva («yo apruebo x»), ni tampoco relativa exclusivamente a nuestro grupo, sino la exigencia de que cualquier persona o grupo humano lo tenga por justo.

**Son incapaces de explicar el hecho de que argumentemos sobre cuestiones morales.** Pues cuando argumentamos para aclarar por qué tenemos algo por justo, estamos dando a entender que creemos tener razones suficientes para convencer a cualquier interlocutor racional, y no sólo tratando de provocar en otros la misma actitud.

De hecho, en este último aspecto, es preciso distinguir entre: **tratar de causar psicológicamente en otros una actitud**, por ejemplo, mediante la propaganda; e **intercambiar razones** para que cada quien pueda tomar una decisión ponderada, de modo autónomo.

En el primer caso no nos interesa dialogar con el interlocutor, sino ganarlo para nuestra causa con recursos psicológicos: no nos interesa en sí mismo, como interlocutor válido, sino utilizarlo para nuestros fines, que es lo propio de la manipulación y la propaganda.

Si el lenguaje moral, o al menos parte de él, no nos remitiera a criterios válidos para todos, entonces no habría más «diálogos» que los estratégicos, encaminados a utilizar a nuestros interlocutores como medios para nuestros fines, y no a tratarlos como fines en sí mismos; no cabría entre nosotros auténtica comunicación, sino sólo manipulación o, a lo sumo, negociación.

Sin embargo, parte de nuestro lenguaje moral tiene pretensiones de valer universalmente, y utilizarlo para manipular es desvirtuarlo. ¿Qué parte es ésa?

IMATGE + TEXT



# La sabiduría moral

## 1. Saber ser feliz

Moralmente, sabio es aquel que sabe ser feliz. Y para eso es indispensable entrenarse, cultivar un conjunto de virtudes, la más importante de las cuales es la **prudencia**.

Es **prudente** quien sabe actuar buscando lo que le conviene, pero no lo que le conviene en un momento puntual, ni siquiera a medio plazo, sino en el conjunto de su vida. Optar por un placer inmediato que a la larga causa dolor es de imprudentes; conjugar el sacrificio y el disfrute de modo que resulte la mayor felicidad posible es de sabios.

Sabe el prudente elegir el medio entre el defecto y el exceso, entre la temeridad y la cobardía, entre el despilfarro y la avaricia. Sabe apreciar la amistad, el cariño, la lealtad, y no se deja engañar por el éxito fácil, por los amigos que lo son sólo en el triunfo y no en el fracaso.

## ■ Los problemas de la felicidad

Sin embargo, la felicidad plantea a la ética al menos tres problemas:

- No todos tenemos el mismo ideal de felicidad, sino que depende de personas, grupos y culturas. **Los ideales de felicidad no son, pues, universalizables.**
- Alguien puede entender que su felicidad justifica el sufrimiento de otros; con tal de estar él bien, no importa que otros sufran. Este tipo de «felicidad» no es verdaderamente humana, sino que es «bienestar», y **el bienestar se opone muchas veces a la justicia.**
- Ser felices no depende sólo de nosotros, sino también de la suerte y de otras personas. **La felicidad es, pues, conquista y don.**

El hecho de que los ideales de felicidad no sean universalizables y, sin embargo, haya algo en lo moral que exige ser válido universalmente, así como el hecho de que muchos confundan felicidad y bienestar y para estar bien realicen injusticias, ha llevado a éticos actuales a distinguir entre dos aspectos de la moral: lo **justo** y lo **bueno**, la **justicia** y la **felicidad**.

### La felicidad como armonía

Aspiramos todos a la felicidad porque, en tanto que bien absoluto, pertenece a la estructura misma de la condición humana. Pero aspirar no es lo mismo que «buscar» y, todavía menos que «conquistar». La felicidad, en la modesta medida que aquí nos es accesible, es un don, el don de la paz interior, espiritual, de la conciliación o reconciliación con todo y con todos y, para empezar y terminar, con nosotros mismos.

JOSÉ LUIS LÓPEZ ARANGUREN, *Obras completas*

IMATGE + TEXT

4

## 2. Saber ser justo

Cuando afirmo que algo es justo no pretendo sólo expresar un sentimiento mío (emotivismo), ni informar de que lo apruebo (subjetivismo). Tampoco estoy exigiendo que lo tenga por justo mi grupo (relativismo). Estoy pretendiendo que lo tenga por justo cualquier ser racional que sea imparcial, es decir, cualquier persona que no piense sólo en su interés individual o grupal, sino en el interés de todas las personas.

**Saber ser justo es ser capaz de ignorar el interés de unos pocos en favor del interés de todos.**

Si digo, por ejemplo, que la actual distribución de la riqueza es injusta, porque gran parte de la humanidad muere de hambre mientras a una minoría le sobra, no intento solamente expresar una opinión. *Prentendo afirmar que debería cambiar la distribución de*

## IMATGE + TEXT

### 5

la riqueza y que pensaría igual que yo cualquier persona preocupada por el bien de todos, sea de la raza, nacionalidad o grupo que sea.

**Lo justo** se refiere a aquello que es exigible a cualquier ser racional que quiera pensar moralmente, mientras que **lo bueno**, lo «felicitante», lo es solamente para una persona, un grupo o una cultura. En estas afirmaciones estarían de acuerdo el **prescriptivismo** de R. M. Hare, la teoría de J. Rawls llamada por él mismo «**justicia como imparcialidad**», la **ética discursiva** de K. O. Apel y J. Habermas y la **psicología cognitiva** de L. Kohlberg.

Con la distinción entre lo justo y lo bueno podemos ya intentar responder a la pregunta de si hay criterios universales para tomar decisiones morales: los hay de justicia, pero no de felicidad. La justicia se exige, a la felicidad se invita. Por eso hoy en día ha hecho fortuna la distinción entre **éticas de mínimos** y **éticas de máximos**, entre **éticas de la justicia** y **éticas de la felicidad**.

## 3. Éticas de la justicia y éticas de la felicidad

### ■ Las éticas de la justicia

Las **éticas de la justicia** o **éticas de mínimos** se ocupan sólo de la dimensión universalizable del fenómeno moral, es decir, de aquellos deberes de justicia exigibles a cualquier ser racional y que, en definitiva, componen unas exigencias mínimas. Las ambiciones son legítimas si no quiebran los principios de justicia y solidaridad, requerimientos mínimos que marcan los límites de nuestros proyectos.

### ■ Las éticas de la felicidad

Las **éticas de la felicidad**, por el contrario, intentan ofrecer ideales de vida buena, en los que el conjunto de bienes de que las personas podemos gozar se presentan jerarquizadamente como para producir la mayor felicidad posible. Son, por tanto, **éticas de máximos**, que aconsejan seguir su modelo, nos invitan a tomarlo como orientación de la conducta, pero no pueden exigir que se siga, porque la felicidad es cosa de consejo e invitación, no de exigencia.

#### Una nueva sensibilidad ética

En una sociedad sin pulso moral –esto es innegable– no exigirían los ciudadanos imparcialidad en los jueces, honestidad y transparencia a los políticos, informaciones contrastadas a los medios de comunicación, por citar las tres instancias situadas en este momento en el punto de mira de la ciudadanía. Pero tampoco reclamarían el fin del narcotráfico y del terrorismo, de los malos tratos y del acoso sexual, de las violaciones y las muertes, valorando positivamente, en cambio, la fidelidad no impuesta, la lealtad espontánea, el desinterés nacido del corazón, la solidaridad personalmente querida.

El milenio no se cierra, por fortuna, con la muerte del mundo ético, sino con una nueva sensibilidad, exigente en lo que se refiere a los mínimos morales necesarios para proteger los derechos de todas y cada una de las personas, afecta a lo gratuito en lo que toca a la vida solidaria. Es de esa urdimbre de mínimos exigidos y de abundancia del corazón de la que cabe esperar un mundo que sea para todas y cada una de las personas un hogar. Por eso autores como Lipovetsky han llegado a decir que «el siglo XXI será ético o no será».

ADELA CORTINA, *ABC cultural*, 3-II-95

